

Lectura del Tratado de la Verdadera Devoción

Artículo VI

Transformación de las almas en María, a imagen de Jesucristo

218. Si cultivamos bien a María, que es el árbol de la vida en nuestra alma, siguiendo con fidelidad la práctica de esta devoción, Ella dará su fruto en su tiempo, y este fruto suyo es Jesucristo. Veo a tantos devotos que buscan a Jesucristo, los unos por un camino y una práctica, los otros por otra, y frecuentemente, después de haber trabajado mucho durante la noche, pueden decir: «A pesar de haber trabajado toda la noche no hemos cogido» (Lc 5, 5). Y se les puede decir: Habéis trabajado mucho y habéis aprovechado poco; Jesucristo es todavía muy débil en vosotros. Pero por el camino inmaculado de María y por medio de esta práctica divina que enseño, se trabaja durante el día, se trabaja en un lugar santo, se trabaja poco. En María no hay noche, porque en Ella no hay pecado, ni aun la menor sombra de él. María es lugar santo y el Santo de los Santos, en donde los santos han sido formados y moldeados.

219. Observad bien, os lo suplico, que digo que los santos han sido moldeados en María. Hay una gran diferencia entre construir una figura en relieve a golpe de martillo y de cincel, y hacerla por medio de molde; los escultores y estatuarios trabajan mucho en construir figuras del primer modo, y emplean mucho tiempo, pero de la segunda manera trabajan poco y hacen mucho en corto tiempo. San Agustín llama a la Virgen forma Dei, el molde de Dios: Por esto te llamo molde de Dios, dignamente lo fuiste; el molde propio para formar y modelar santos. El que es echado en este molde divino, bien pronto es formado y modelado en Jesucristo, y Jesucristo en él; a poca costa y en poco tiempo llegará a ser semejante a Dios,

toda vez que ha sido echado en el mismo molde en que se formó un Dios hecho hombre.

220. Peréceme que bien puedo comparar a estos directores y personas devotas que quieren formar en sí o en otros a Jesucristo, por otras prácticas diferentes de éstas, a los escultores que, poniendo su confianza en su habilidad, en su industria y en su arte, dan infinidad de golpes de martillo y de cincel sobre una piedra dura o un pedazo de madera tosca, para hacer con ella la imagen de Jesucristo, y sucede que no logran sacarle al natural, ya por falta de bastante conocimiento de la persona de Jesucristo, ya por haber dado mal algún golpe que estropea la obra. Pero a los que abrazan el secreto que les presento, los comparo fundadamente a los fundidores y modeladores que, habiendo encontrado el hermoso molde de María en que Jesús fue natural y divinamente formado, sin fiarse de su propia industria, sino únicamente de la bondad del modelo, se arrojan y se absorben en María para llegar a ser el retrato al natural de Jesucristo.

221. ¡Oh hermosa y verdadera comparación! ¿Quién la comprenderá? Deseo que la comprendan mis queridos lectores; pero tengan presente que no se arroja en el molde más que lo que está fundido y líquido; es decir, que es menester fundir y destruir en nosotros al viejo Adán, para llegar a ser el nuevo en María.

Artículo VII

La mayor Gloria de Jesucristo

222. Por medio de esta práctica, fidelísimamente observada, daréis a Jesucristo más gloria en un mes, que, de ninguna otra manera, por más difícil que sea, en muchísimos años. He aquí las razones en que me fundo para decirlo:

1º. Porque ejecutando nuestras acciones por medio de la Virgen, como enseña esta práctica, os despojáis de vuestros propios intereses y operaciones, aunque sean terrenas y humildes, para aplicaros, por decirlo así, a las suyas, aunque os sean desconocidas, y de este modo entráis en participación de la sublimidad de sus intenciones, que han sido tan puras, que más gloria ha dado María a Dios por las más insignificante de sus acciones, por ejemplo, hilando en la rueca, o haciendo un punto de aguja, que San Lorenzo sobre las parrillas, por su cruel martirio, y más que todos los santos por sus acciones más nobles y heroicas.

Durante su permanencia en la tierra, la Virgen adquirió un cúmulo tan inefable de gracias y de méritos, que más fácilmente se contarían las estrellas del firmamento, las gotas de agua de la mar y las arenas de las playas que los méritos y gracias de María Santísima. Ella ha procurado más gloria a Dios que le han dado y le darán todos los Ángeles y Santos. ¡Qué prodigio el vuestro, María! No sabéis hacer sino prodigios de gracia en las almas que desean perderse en Vos.

223. 2º. Porque un alma fiel, por esta práctica, como quiera que no tiene en nada cuanto piensa o hace por sí misma, y no coloca su apoyo ni su complacencia más que en las disposiciones de María, para acercarse a Jesucristo y hasta para hablarle, ejercita mucho más la humildad que las almas que obran por sí mismas; las cuales aunque imperceptiblemente, se apoyan y se complacen en sus disposiciones; y, por consiguiente, glorifica más altamente a Dios, pues Este nunca es tan perfectamente glorificado como cuando lo es por los humildes y sencillos de corazón.

224. 3º. Porque deseando la Santísima Virgen, por su inmensa caridad, recibir en sus manos virginales el regalo de nuestras acciones, les da una belleza y un esplendor admirables, las ofrece a Jesucristo sin temor de ser rechazada, y Nuestro Señor

se glorifica más en ello que si se lo ofreciésemos con nuestras manos criminales.

225. 4º. En fin, porque no pensaréis jamás en María sin que María, por vosotros, piense en Dios; no alabaréis ni honraréis jamás a María, sin que María alabe y honre a Dios. María es toda relativa a Dios, y me atrevo a llamarla la «relación de Dios», pues sólo existe con respecto a Él, o el eco de Dios, ya que no dice ni repite otra cosa más que Dios. Si decís María Ella dice Dios. Santa Isabel alabó a María y la llamó bienaventurada por haber creído, y María, el eco fiel de Dios, exclamó: «Mi alma glorifica al Señor». Lo que en esta ocasión hizo María, lo hace todos los días; cuando la alabamos, la amamos, la honramos o nos damos a Ella, alabamos a Dios, amamos a Dios, honramos a Dios, nos damos a Dios por María y en María.